



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El cambio como expresión de libertad

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1989). El cambio como expresión de libertad. *Cuadernos Americanos*, 6(18), 11-17.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año III, Núm. 18, (noviembre-diciembre de 1989).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL CAMBIO COMO EXPRESION DE LIBERTAD

Por *Leopoldo ZEA*

EL 25 DE FEBRERO de 1986 el líder soviético Mijail Gorbachov asumió su cargo como Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética. Poco después, en ese mismo año, en el lago Issyk-Kul se realizaba el Primer Foro que lleva el nombre del lago y que ahora se continúa por cuarta vez en esta Ciudad de México. Las palabras que pronunció Mijail Gorbachov en el Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética llevaban la potente carga para la explosión que, en cadena, repercute ahora a lo largo de la tierra en nuestros días. Allí expuso algo simple, pero hasta ahora difícil de comprender y de realizar: la ineludible relación que guarda el cambio social con los individuos concretos que lo hacen posible, el cambio social con la persona, el individuo, gente concreta de carne y hueso. Gorbachov empieza con las siguientes palabras: "El XXVII Congreso del PCUS se reúne en un momento en que se produce un viraje radical en la vida del país y del mundo actual en su conjunto". Frente a este ineludible cambio es urgente trazar un "programa realista de acción, sopesado en todos los aspectos, que reúna orgánicamente la grandeza de las metas y el realismo de las posibilidades, los planes del Partido con las esperanzas y los anhelos de cada persona", insistimos en esta importante frase.

Se está fraguando en nuestros días el porvenir de la humanidad, pero de la humanidad en su sentido más concreto, no ya abstracto, la humanidad como expresión de las múltiples personas que la forman. Es esta multiplicidad de lo concreto, precisamente, la que complica al mundo y dificulta soluciones que, para serlo, han de expresar y conciliar las de los múltiples individuos que forman esa humanidad. Así, añade, "es el mundo en que vivimos a las puertas del tercer milenio. Un mundo lleno de esperanzas, pues nunca había estado el hombre tan pertrechado en todos los aspectos

tos para seguir desarrollando la civilización. Pero el mundo está también recargado de peligros y contradicciones, lo cual hace pensar que atraviesa poco menos que la fase más inquietante de su historia”.

Esta inquietud proviene, precisamente, agregaríamos, de la incapacidad de determinados individuos y grupos de individuos para reconocer en otros la legitimidad de anhelos que no pueden ser exclusivos de un solo individuo o grupos de individuos. El cambio para el logro de algo siempre mejor es propio de una humanidad que dejaría de serlo si careciese de tales anhelos. Es esta incapacidad para aceptar en otros reclamos que se consideran como de propia exclusividad la que plantea problemas y dilemas por los cuales el hombre concreto pareciera estar obligado a optar amputándose a sí mismo tanto en lo que tiene de individuo como en lo que tiene de social. Opciones que dividen a la humanidad de nuestros días en sistemas en que aun anhelando lo mismo se anhela con exclusión de los otros. Todo esto ha llevado a la política de enfrentamiento militar de la que también habla Gorbachov. “La política de enfrentamiento total, de confrontaciones militares —dice—, no tiene futuro. La evasión al pasado no es una respuesta a los retos del futuro, sino más bien, un acto de desesperación, pero no por ello menos peligrosa.” “Nosotros estamos dispuestos a hacer todo lo posible para mejorar a fondo la situación internacional. Para ello el socialismo no necesita renunciar a sus principios ni a sus ideales. Siempre ha preconizado y va a seguir preconizando, la coexistencia pacífica de los Estados que pertenecen a sistemas distintos.” ¿Cuáles son los anhelos y los caminos para su logro del socialismo? “Los comunistas siempre nos hemos imaginado los caminos del progreso social con toda su complejidad y las contradicciones de contenido. Pero en el centro de estos procesos se encuentra el hombre, sus intereses y preocupaciones.” Y agrega: “Partimos del criterio de que la dirección principal de la lucha en las actuales circunstancias está en crear dignas condiciones de vida, materiales y culturales, auténticamente humanas para todos los pueblos, en asegurar la habitabilidad de nuestro planeta y una actitud cuidadosa hacia sus riquezas. Y ante todo, hacia la principal riqueza, hacia el hombre y sus posibilidades. Es en este terreno donde nos proponemos la emulación con el sistema capitalista, la emulación en las condiciones de una paz sólida”.

Los hombres con sus intereses y preocupaciones, las personas con sus anhelos, han sido y son los motores de la historia de la

humanidad. Los hombres, las personas, que han tenido que enfrentarse a otros hombres y personas empeñados en hacer de los propios anhelos piedra de validez de todo lo que les es ajeno. Libertades encontradas en hombres con mentalidad prehistórica que no ven en el otro a un semejante sino a una cosa para aniquilar si es que afecta sus anhelos, o por utilizar si sirve a ellos. Se les ve como parte de la flora y fauna para utilizar o desbrozar. Así surge un sistema que hace supuestamente de la libertad el centro, pero de una libertad que ha de probarse enfrentándose a otras libertades para que se imponga el más apto, como lo hacía el hombre prehistórico, en la lucha por la supervivencia del más fuerte de la que habla Charles Darwin. Y por el otro lado un sistema que controla libertades para el fortalecimiento social que permita alcanzar los cambios logrados por el sistema supuestamente liberal. En ambos sistemas el individuo y su libertad quedan eliminados por la supervivencia de los más aptos o como el obligado fortalecimiento de una sociedad que ha de enfrentar al primer sistema. En ambos casos el cambio beneficia a minorías cada vez más estrechas de gentes o de mandarines.

Nuestros días están mostrando la crisis que sacude tanto al sistema del liberalismo darwiniano como al sistema que Marx bautizó como de producción asiática. Los hombres, como personas concretas, como individuos, reclaman ser tomados en cuenta para el cambio que ha de beneficiar en concreto a todos los hombres y no sólo a quienes en su nombre actúen satisfaciendo sus limitados intereses. Es en ese sentido que se hace patente la presencia activa de individuos que no quieren ya ser manipulados sino convertirse en los responsables legítimos del propio y concreto cambio y en el que se concilien sus múltiples y aun encontrados anhelos. Esta presencia se hace patente entre los países del sistema comunista alentados por líderes como Mijail Gorbachov o que sufren represiones como en China. Igualmente entre los pueblos del llamado Tercer Mundo, obligados a delegar libertades a cambio de promesas de un futuro que la oposición interna y externa van postergando. Pero también dentro del propio sistema capitalista, donde el costo del cambio no sólo recae sobre los dominios en el exterior sino también internamente en grupos sociales que no ven cumplidos sus anhelos, pese a los extraordinarios cambios que la ciencia y la técnica han logrado y están alcanzando.

Recientemente se han venido recordando dos revoluciones del sistema que ha hecho de la libertad del individuo motor del cam-

bio. La Revolución Estadounidense de 1776 y la Revolución Francesa de 1789. La primera como la primer gran revolución anticolonial de la historia en defensa del derecho de autodeterminación de las naciones y de la libre voluntad de los individuos que hacen posibles las mismas. La segunda que pone el acento en la igualdad de todos los hombres y a partir de ella en la libertad para decidir por sí mismos su presente y futuro. Revoluciones que han sido, obviamente, motores de los extraordinarios cambios políticos y materiales que parecen alcanzar su máxima expresión en nuestros días. De allí surgieron sistemas democráticos como el expresado por los Estados Unidos, así como el desarrollo material que todos los pueblos de la tierra quisieran hacer suyo. Sin embargo, los promotores de estos extraordinarios ejemplos de libertad y progreso material sólo han derivado de ellos acciones que niegan los mismos a otros hombres y otros pueblos de la tierra. Democracia insular ha sido la ejemplar democracia estadounidense. En defensa de esta insularidad dicha nación no ha vacilado en violar los derechos de autodeterminación de otros pueblos, así como en resguardo de su progreso no ha dudado en someter las voluntades de muchos de sus propios ciudadanos. Todos los hombres son iguales pero algunos, paradójicamente, resultan ser más iguales que otros, y por ello más libres. La igualdad reclamada por la Revolución Francesa y la libertad que de ella se deriva no han impedido expansiones ni agresiones imperiales y colonialistas. Aquí en América los mexicanos supieron de este tipo de agresiones en 1847 por parte de los Estados Unidos y en 1862 por parte de Francia.

Luchando por las libertades de sus hombres y el derecho de autodeterminación de sus pueblos y con ello el reconocimiento de la igualdad de sus habitantes, los pueblos de la América Latina desde el siglo pasado, como los pueblos del llamado Tercer Mundo en este siglo, han buscado el fortalecimiento interno como defensa contra las agresiones del imperialismo, paradójicamente liberal. Y para el logro de tal fortalecimiento han delegado la defensa de las libertades de sus individuos a "tiranías honradas" o "democracias dirigidas". Ahora bien, como respuesta al liberalismo darwiniano surgió la gran Revolución de este nuestro siglo xx, la Revolución socialista de Octubre de 1917 en Rusia. Una revolución hecha por hombres que anhelaban las mismas libertades y el desarrollo material a que dieron origen las revoluciones del siglo xviii en los Estados Unidos y Francia. Pero demandas que han encontrado en los herederos y usufructuarios de estas revoluciones los mayores obs-

táculos para su satisfacción. El reparto equitativo de los beneficios alcanzados por tales revoluciones será visto por sus usufructuarios como negación y despojo de los que consideran como sus propios y exclusivos logros y como limitación a sus alcanzadas libertades. Para enfrentar esta oposición, tanto en la América Latina como en la Unión Soviética se limitaron las libertades de los propios ciudadanos en el afán por afirmarse frente a agresiones y afianzar el régimen que permitiese a su vez la realización de los anhelos de los sometidos ciudadanos. En nombre de un futuro más libre se sacrificaron las libertades del presente. En nombre de un mundo más justo se hizo de los hombres instrumento de su posibilidad. Sin embargo, esta obligada delegación de libertades en el mundo socialista y en el mundo subdesarrollado de América Latina y el Tercer Mundo no ha originado el cambio anhelado. Estos pueblos siguen aún a la zaga del sistema capitalista.

Es ahora cuando se vuelve a plantear con fuerza el problema de la libertad como ineludible motor del cambio en pueblos que, como los de América Latina, han tenido que delegar la propia libertad para un progreso que no ha sido alcanzado. Tanto los pueblos que forman el sistema socialista como los pueblos que anhelan pasar del subdesarrollo al desarrollo están reclamando con energía su directa participación en las acciones para este cambio, reclamando la plenitud de sus libertades como motor de un cambio que ha de ser compartido por todos los hombres y pueblos que forman la humanidad.

Nuestros días están también demostrando la ineludible relación que guardan entre sí todos los pueblos de la tierra en la realización de los anhelos e intereses de los mismos pueblos que forman el llamado Mundo Occidental. El desarrollo de estos últimos sería inexplicable sin el subdesarrollo de los otros. Algo que no puede continuar, ya que la muerte súbita por fatiga de los subdesarrollados provocaría la muerte súbita de los desarrollados. Los sacrificios, si han de ser continuados para el logro de mayores cambios, han de ser equitativamente repartidos, como repartidos tendrán que ser los beneficios que por ellos se alcancen. La libertad como motor del cambio de unos depende de la libertad de los otros y tendrá que ser el reconocimiento mutuo de estas libertades el que origine la ineludible relación horizontal de solidaridad, que tiene más posibilidades que la obligada relación vertical de dependencia.

Regresamos ahora a la visionaria postura del hombre que al tratar de cambiar la situación de su propio pueblo promoviendo sus li-

bertades, ha originado demandas de libertad que ahora abarcan al mundo entero: Mijail Gorbachov. Recientemente, al celebrarse el Bicentenario de la Revolución Francesa, el líder soviético visitó Francia y allí pronunció palabras que reafirman sus ideas expresadas en 1986: "La Revolución Francesa —dice— proclamó la libertad del hombre y del ciudadano, la libertad del individuo. La Revolución de Octubre, dando otro paso importante en el desarrollo de la historia universal, proclamó la libertad y los derechos de los trabajadores y las masas explotadas". La primera Revolución dio origen al movimiento que implicó el reconocimiento de la libertad del individuo, impulsando con ello el progreso material, pero un progreso a su vez apoyado en la competitividad que justifica la explotación y la expansión sobre el mundo. La lucha de clases fue la respuesta. La segunda Revolución, la socialista, fue resultado de la protesta contra la explotación por la que unos individuos y pueblos utilizaban a otros individuos y pueblos.

Tratar de demostrar la existencia de una sola y gran revolución en dos fases parece ser la preocupación central del discurso de Gorbachov. La primera reclamó la libertad del individuo para hacer de ella motor del cambio de la humanidad; la segunda corrige dialécticamente a la primera, y demanda esta misma libertad para todos los hombres, incluyendo a hombres que hasta ese momento habían sido considerados tan sólo como simple instrumento del cambio. La libertad del individuo pero al alcance de todos los individuos en sus múltiples y concretas expresiones. Libertad que permita un cambio más pleno y que sirva no tan sólo a un grupo de individuos o pueblos, sino a todos los individuos y pueblos. "Hemos entrado —dice el líder soviético— en una época en que cualquier progreso debe insertarse en los intereses de toda la humanidad. Es necesario buscar juntos los criterios de progreso comunes en el contexto de la incontenible revolución científico-técnica, en la era nuclear y luego posnuclear". La humanidad —agrega— "tendrá futuro, si se reconoce que la libertad y el bienestar de todos condiciona el bienestar y la libertad de cada pueblo y de cada hombre".

En vísperas del Tercer Milenio, Europa se apresta a unificarse, a integrarse, creando la Casa Común Europea. Es la Europa ahora sin colonias, que ya conoce el sabor de la dependencia bajo un poder que se ha tornado universal. Los pueblos que forman la América Latina han venido también soñando con una Casa Común Latinoamericana mucho antes que Europa conociera el amargo sabor de la dependencia. En Europa se discute ahora respecto de quié-

nes han de poder ser los inquilinos de esa gran Casa Común Europea. Pero ¿la síntesis revolucionaria de la que habla Gorbachov, a través de la cual la libertad de unos hombres se concilie con la libertad de los otros, no abre acaso las posibilidades para una casa más amplia, la Casa Común del Hombre? Así, más allá de las posibles casas comunes regionales, deberá pugnarse por una Casa Común Universal en la que todos los hombres, con sus múltiples e ineludibles diferencias, que son las que precisamente los igualan, como individuos concretos que son todos y cada uno, puedan cohabitar, coexistir y pugnar por el logro de un cambio que beneficie a todos los hombres por igual sin discriminación alguna.